

PA 7297
H4
E5

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO HISTORICO
R. GARDO GOVARRUBIAS

155859

EN PLENA LUCHA

I

ANATEMA SIT

Cómodamente instalado en el amplio sillón de labrada caoba, y hojeando negligentemente las páginas del *breviario*, Su Señoría ilustrísima parecía fastidiarse.

Un familiar entró, y doblando la rodilla ante el Prelado, dijo en tono de rezo:—El Canónigo Rosa desea hablaros.

—Puede pasar, le contestó el Arzobispo, sin dejar de hojear su *breviario*.

Un sacerdote de elevada estatura, airoso porte, y franca y benévola mirada, con la elegante sotana de seda abotonada desde el cuello y luciendo

un calzado irreprochable, vino á su vez á hincarse ante el prelado y tras el ceremonioso saludo de ordenanza:

— Traigo á Su Señoría buenas noticias, dijo con el aire de un hombre modesto que ha desempeñado á satisfacción una comisión delicada.

— ¿Vendrá por fin la viuda?

— Espera en la antesala.

— ¿No opuso resistencia?

— No, Monseñor, ninguna, vaciló es verdad, un instante cuando yo le propuse venir á hablar con vos, pero luego contestó: *acepto con gusto*.

— Hacedla entrar.

Entró la dama.

Era una esbelta y arrogante rubia, de ademanes de reina y mirada de diosa; vestía toda de negro, y los dorados bucles de su lujuriosa cabellera, formaban á su hermoso y noble rostro un marco digno de Santa María Magdalena.

— ¡Qué hermosa es, pensó el Arzobispo, conteniendo un suspiro, en tanto que su rostro adquiría una digna expresión de dulce santidad casta y severa, y abandonó con estudiada naturalidad su blanca mano adornada por soberbia esmeral-

da, sobre los pliegues de su traje talar perfumado con incienso.

La dama se detuvo respetuosamente ante el Arzobispo, sin doblar la rodilla, estrechó cortesmente la mano del prelado, sin besar ni la esmeralda y con tranquila voz:

— Mucho me honra, dijo, Monseñor, vuestra llamada.

Púsose en pie el Arzobispo, y con galantería casi mundana, la ofreció asiento.

— Os he llamado, dijo á su vez, por que era mi deber: Dios llama siempre á sus buenas ovejas, por medio de la voz de sus pastores, y vos, bella señora, sois una de las ovejas más amadas.

— Gracias mil, Monseñor, pero creo que vuestro enviado os habrá dicho ya que no tengo la honra de pertenecer á vuestro rebaño...

— Me ha dicho más: me ha dicho que abrigáis la pretensión de ser una Pastora; que habéis fundado una soberbia Escuela industrial, que no tiene más defecto que el de ser una Escuela atea; me ha dicho que habéis tenido la dicha de ser bautizada; y, sin embargo, pretendéis no perte-

necer al rebaño de Nuestro Señor Jesucristo: medidad, señora.

—Es verdad, Monseñor, que fui bautizada cuando sólo tenía una semana de nacida; mi madre era católica, y yo también lo hubiera sido si mis creencias no se hubiesen radicalmente modificado bajo la influencia de la educación que he recibido.

—Sí, fuisteis educada por un hombre sin creencias, un ateo de los más peligrosos, un materialista, que si Dios no le concedió su gracia, estará á esta hora consumiéndose en los infiernos al lado de los réprobos...

—Perdonad, Monseñor, interrumpió la dama abandonando su asiento, fui educada por un hombre tan honorable como vos, y tan honrado como el mejor de vuestros santos, y si era para hablarme de él para lo que deseábais verme, os suplico me permitáis retirarme.

—No, hija mía, no, dijo el prelado: sentáos, os lo ruego; no tocaremos ese punto que os lastima, hablaremos tan sólo de lo actual, de lo que atañe directamente á nuestra Iglesia. Habéis, como hemos dicho, fundado una Escuela que está fuera de nuestro gremio: los niños que edu-

cáis allí han sido todos bautizados, yo tengo, por lo tanto, el deber de velar por conservarlos para Dios en el seno de la Iglesia: se les enseña allí cuanto de bueno y útil hay para las necesidades materiales del cuerpo y se les niega el pan del alma; no se les enseña á conocer ni á amar al Dios de sus mayores; no se les da la religión de sus padres, y se olvida su salvación eterna. ¿Creéis, sinceramente, hija mía, que tenéis derecho para tanto? ¿Qué cuenta daréis al Ser Supremo, cuando os llame á la hora de su juicio final y os muestre toda una generación hundida bajo el peso del pecado, arrebatada á Dios y entregada por vuestra mano á Satanás? ¿Dudáis acaso de que el día de la resurrección de la carne, hemos de comparecer ante el Supremo Juez? ¿No teméis el castigo, el fuego eterno?

—No, Monseñor, creo que por este camino, jamás nos llegaremos á entender; vos mismo no creéis en todo eso, porque es simplemente pueril y vos sois ilustrado. No me tratéis como á una mujer á quien se asusta con los terribles mitos del purgatorio y del infierno; habládme cual hablaríais á un materialista educado en la Escuela positiva.

Yo creo que tengo el derecho y el deber de hacer el bien, y es lo que hago. Educando á los huérfanos y á los niños abandonados que he recogido en el arroyo; enseñándoles á trabajar para ganar la vida honradamente; haciéndoles conocer el respeto que se deben á sí mismos, á la sociedad en que viven y á la patria á que pertenecen; apartándoles del vicio y procurando hacer de ellos buenos hijos, buenos padres, buenos esposos y buenos ciudadanos; creo que les hago bien. Lo que nunca creeré es que yo tenga el derecho de imponerles ni de evitarles religión alguna; sé que la libertad de conciencia es sagrada, y esos niños saldrán de allí con la instrucción bastante para estudiar y elegir la religión que les agrada; yo he visto hombres honrados entre todas las religiones del mundo, y me contento con que ellos lo sean; esos niños están en mi Escuela, ó por que no tenían padres, ó por que sus padres han dado su pleno y voluntario consentimiento para ello; el establecimiento está fundado bajo las leyes de mi país y amparado por el liberal principio de que la enseñanza es libre: creo, Monseñor, que estoy en mi derecho.

— Veo, Señora, que el mal que en el alma os han causado, es muy grande, muy profundo; sé que tarde ó temprano volveréis al seno de vuestra Iglesia, y se lo pido al Altísimo con toda la esperanza y con toda la fe de mi creencia; pero aún me voy á permitir haceros algunas observaciones para que vos, cuyo talento admiro, á pesar del lamentable error en que habéis incurrido, las apreciéis en todo lo que valen.

En primer lugar, la sociedad, el país entero en que vivimos es católico, apostólico romano, desde hace muchos siglos; lo seguirá siendo á pesar de todos los esfuerzos en contrario, por que la religión está en la sangre misma del pueblo y no habrá poder humano que logre arrebatarle sus creencias.

Para quitar su religión al pueblo, sería necesario trabajar durante muchas generaciones, ilustrarlo á tal grado, modificar de tal modo su manera de ser y de sentir, y falsear de tal manera los principios que ha heredado de sus antepasados, que no creo que haya un hombre, ni una secta, capaces de lograrlo.

La religión es la base actual de la sociedad y

la familia, el pueblo no podría vivir sin ella; llamadle fanático y supersticioso, llamad como queráis á sus convicciones, pero comprended que ha nacido con ellas, que el hábito y la herencia las han fortificado, que necesita conservarlas, por que fuera de ellas se siente todavía más desgraciado de lo que es, y reflexionad en que la obra que pudiera minar muy lentamente sus principios, sería una obra de siglos, no la obra de una Escuela como la que vos habéis fundado.

Además, bien sabéis que la Iglesia es poderosa, que lucha sin descanso, que cuenta con recursos enormes, increíbles, que tiene gran influencia entre todas las clases y entre todos los Gobiernos, que posee los mejores medios de propaganda y cuenta en la política con su influencia, en la sociedad con numerosos partidarios y en el hogar con las madres de familia.

Mirad que los pocos impíos que hacen guerra á la santa religión, son unos cuantos prostituídos sin prestigio y sin recursos; que la aristocracia toda de nuestro país, es eminentemente católica, por lo menos en la forma, y que vos, señora, que estáis llamada á una posición envidiable, des-

empeñaríais, ayudada por nosotros, un hermoso papel. Porque os ayudaremos, señora, y bajo el amparo de la Iglesia, prestigiada por nuestro incondicional apoyo y poseyendo una hermosura maravillosa y una fortuna inmensa, lograríais borrar hasta los vestigios de *cierta sombra* que empaña vuestro pasado.

De lo contrario, al poner os en pugna con la Iglesia, os ponéis en pugna con el mundo entero; la envidia de vuestras rivales en belleza y en posición social encontrará sobradas ocasiones de morderos en lo más profundo de vuestra dignidad de mujer y tal vez hasta en lo más hondo de vuestros afectos.

Enemiga de nosotros, seréis aplastada sin remedio; á nuestro lado, seréis invulnerable.

Hay en la capital un hombre que os quisiera por esposa; sois joven, el matrimonio es el estado que más os honraría; la familia de ese joven es una de las primeras por su fortuna y su linaje; las objeciones que á vuestra unión pudiera hacer, serían desvanecidas por nosotros, por mí, señora, que me intereso por vuestra felicidad como padre espiritual, y lo confieso, como admirador de vues-

tras altas cualidades; os esperan, pues, por una parte, la lucha negra, inclemente, tenaz: la lucha á muerte, que lleva, que os llevaría quizá hasta el deshonor, y por la otra, una brillante posición social, una limpia corona de condesa, un esposo que os ama y un hogar que os promete la felicidad y los encantos de la familia en medio del aplauso y del respeto de todos, con la satisfacción de una conciencia exenta de cuidados y remordimientos: elegid...

—Hice ya mi elección, Monseñor...

—Dispensadme, señora; aún no he concluído. ¿Negaréis que los dogmas y principios de la Iglesia son los más puros y elevados, que la doctrina de Jesucristo es la más grande y sublime de cuantas se han predicado sobre la tierra?

¿Creéis, señora, que haríais mal á los niños que vuestra alta caridad educa en esa escuela, si les enseñáseis á amar á Dios, á respetar las creencias de sus padres, y si lograrais inculcar en sus tiernos corazones las sublimes doctrinas del manso, del justo, del humanitario y divino maestro, todo amor para el hombre y todo sacrificio por la eterna felicidad del género humano?

¿Perderían algo esas criaturas abandonadas, con tener las únicas creencias que consuelan en los infortunios de la vida?

¿No os parece cruel exponerlos á la tremenda y amarga lucha por la existencia sin más guía ni más amparo que la dura convicción materialista de que tras una cadena de amargos sufrimientos, se hundirán en el *no ser* y volverán al abismo de la *nada*?

¿Creéis que se puede fundar una familia sin los poderosos lazos de la religión? ¿En dónde encontraréis una mujer capaz de soportar el duro yugo del despotismo marital y de resistir el embate de la perpetua tentación y las locas pasiones sin el divino auxilio y sin el justo temor de las eternas penas?

¿Creéis que se puede ser bueno sin creer en algo, y que se puede ser feliz sin la esperanza de renacer á la dicha inmortal en otra vida menos negra y menos cruel que la negra y cruel vida del hombre?

Vos misma sois creyente; ignoro á qué secretos y terribles motivos obedece vuestra conducta actual; pero sé que en el fondo sois buena y virtuosa.

sa; sé que volveréis sobre vuestros pasos, y recordando las castas oraciones que vuestra infortunada madre os enseñó á rezar sobre sus rodillas, acabaréis vos misma por enseñar á esos niños, que son los hijos de vuestro corazón, la dulce y consoladora salve que á la tierna madre, á la Virgen María, á la madre de los que sufren y de los que lloran, rezásteis tantas veces cuando niña...

Os miro enternecida; creo que Dios ha hecho un gran milagro, y que vuestra santa madre os está en este instante bendiciendo desde el cielo; porque leo en vuestros ojos que la luz se ha hecho en vuestra alma. ¿Cederéis, hija mía?

—Conocéis, Monseñor, de tal manera el corazón humano, y sobre todo, el corazón de la mujer, le habéis, bajo la enorme presión del sacramento, arrancado tan íntimas, tan hondas confesiones, y sabéis y podéis hacer vibrar de tal manera las fibras más sensibles y secretas de su organización y de su instinto, que..., en efecto, habéis logrado conmoverme.

Pero el enternecimiento que he sentido es el eterno enternecimiento de la Humanidad ante todo lo grande, ante todo lo bueno y ante todo lo bello,

aunque lo vea en un teatro; á él y sólo á él deben su prestigio y su dominio las indudablemente superiores clases sacerdotales, y á él y sólo á él le deben su poder las religiones.

En vuestra religión todo es comedia.

Desde que nace un niño, exigís á sus padres que le lleven al templo, y si son pobres, les cobráis doce reales, porque no se entra gratis á la Iglesia de Dios; por ese precio le bautizáis de mala gana en un rincón del edificio y con agua sucia y fría; pero la ceremonia ha conmovido á los padres, que salen de la iglesia agradecidos.

Cuando algún pobre quiere casar á su hija, le cobráis doce pesos, la casáis á las seis de la mañana, casi á obscuras, ayudados por un sacristán desarrapado y alumbrando el altar con dos cabos de vela; pero las ceremonias de la iglesia son de tal modo solemnes y misteriosas para el vulgo, que la recién casada sale conmovida.

Muere un pobre, y si sus deudos tienen siquiera una peseta, le rezongáis un responso barato, con las narices bien tapadas, porque los pobres siempre apestan.

Si ni siquiera la peseta tienen, dejáis que lleven

al difunto al cementerio como un perro y no rezáis por él; el que no paga, *que se chamusque allá en el Purgatorio*.

En cambio cuando un rico va á bautizar un hijo, engalanáis el templo con flores y cortinas y repicáis las campanas, os revestís de lujo, uniformáis los monaguillos, calentáis el agua y se la echáis al heredero con jícara de plata, por temor de que pueda constiparse. En este caso, no cobráis honorarios: la propina está segura.

Cuando un acaudalado casa á su heredera, todo os parece poco para halagar la vanidad de las familias y cobrar en proporción los honorarios: gran iluminación, soberbia orquesta, ramos de azahar, cortinas blancas, alfombras y cojines, ornamentos de gala y misales de lujo; la ceremonia, que resulta á la vez poética y solemne, hace su efecto, y la novia también sale conmovida.

Muere un rico y organizáis los funerales, con tal pompa, que al concurrir á ellos cualquiera se creería contemplando una escena de la Ópera: altares y columnas enlutados con oro y terciopelo, tenores escogidos entre los cantantes de los teatros, solemne *requiem*, gran derroche de luces,

de salmos y de incienso, sacristanes de librea y gorro montado, flores en profusión, ornamentos de lujo y complicado ceremonial propiciatorio.

Doblan lúgubrementemente las campanas y sale el muerto en su elegante caja, embalsamado con drogas de botica, para ir á esperar en un nicho de mármol el día tremendo, el del juicio final, y comparecer ante el Señor, no con su *propia carne*, como el pobre, sino bajo la repugnante forma de una asquerosa y ridícula momia galoneada.

Pero la ceremonia resultó soberbia; nadie ha visto lo cómico del acto, todos siguen creyendo como antes y siguen yendo hacia vosotros: los pobres, por su miedo y su ignorancia, y los ricos, por su miedo, su ignorancia y su necia vanidad.

Pobres y ricos salen siempre del templo conmovidos.

La humanidad será siempre desgraciada, pero siempre cobarde, siempre sentimental y siempre artista.

Vosotros lo sabéis, por eso habéis construído soberbias catedrales, *hermosos escenarios*, y por eso tenéis extraños ritos y misteriosas ceremonias,

conmovedores cantos y música sagrada, predicadores elocuentes y actores consumados.

Desde el sordo fragor y horrible estrago con que el primer rayo amedrentó el espíritu cobarde del hombre de las selvas, hasta la misteriosa conmoción con que el instinto agita las entrañas de la madre; desde el severo cortinaje del suntuoso templo y las majestuosas armonías del órgano sonoro, hasta los emblemáticos azahares de la casta desposada y hasta las blancas blondas y risueños lazos de la cuna; desde la aurora de la vida hasta la noche de la muerte, todo, todo lo habéis utilizado para llegar á la asombrosa realización de vuestra obra.

Miedo, pasión, terror, tristeza, sufrimientos, amores y ternuras, fanatismos y dudas, consuelos y esperanzas: he allí la religión.

Yo no vengo á impugnar esa obra, no vengo Monseñor, á discutir con vos los misteriosos dogmas de vuestra absurda teología inaccesible al raciocinio; ni á negaros que en cada religión aunque hay mucho de malo y de protervo, hay también algo bueno, algo santo y algo bello.

Como vos, Monseñor, opino que, hasta hoy, la

religión es necesaria para el pueblo que hundido en la ignorancia no podría, ni sabría ser bueno y virtuoso sin ella.

Sé que la religión que profesáis, es sin duda *en el fondo*, la más pura, sublime y elevada y que sólo tiene de malo el sacerdocio; pero sé también que esa sublime religión, aun siendo hermosa, no es la verdadera.

Yo persigo una ideal religión, menos bella, es verdad y menos consoladora que la vuestra; pero más verdadera y más honrada.

Sé que para alcanzarla serán indispensables los esfuerzos de las generaciones y el trascurso de los siglos; porque ese ideal no seré yo sin duda quien lo alcance, ni será una mujer, ni un hombre, ni una secta: será la humanidad la que lo obtenga.

Yo he querido no más que poner la parte que me toca, la que puedo, la que debo.

No trato de luchar ni contra sacerdocio ni contra religión alguna: trato de hacer el bien empleando para ello los medios más honrados, el trabajo; los más humanitarios, la libertad de pensamiento y de conciencia; y los más provechosos y fecundos, la educación y la enseñanza.

No me opongo, señor, á que los alumnos de mi escuela conozcan las diversas religiones que existen en el mundo y os ofrezco que al terminar los estudios preparatorios, cuando estén suficientemente instruídos para juzgar de religiones, se establecerá en mi escuela un gran curso de religiones comparadas, bajo la dirección de sacerdotes escogidos entre los más sabios de los distintos cultos; los alumnos tendrán la libertad de concurrir á la clase ó las clases que gusten y elegirán la religión que más les agrade ó les convenza; pero sin imponerles una y sin violentar la libertad de su conciencia... ¿Estáis contento?

—Estoy, dijo el prelado, poniéndose de pie, con el soberbio ademán y en la majestuosa actitud de un inspirado, pontífice ó profeta; estoy por fin poseído de la santa y la justa indignación que inspiran las blasfemias, y en nombre del Señor á quien ultrajas... te conjuro criatura miserable á humillarte y á implorar la clemencia de tu Creador: estás ante un Ministro, ante un representante de tu Dios, ¿me obligarás á excomulgarte?

—Yo, Monseñor, ni os obligo á nada ni he solicitado cosa alguna, calmáos y permitidme referir lo

siguiente: Hay en Francia una actriz de gran talento á la que un alto dignatario del clero, un Arzobispo, escribió larga carta aconsejándola no representar los dramas de Sué, Dumas, Sardou y algunos otros que encontraba por impíos, indignos de las dotes de la artista.

Fué la carta del prelado un modelo de amonestación galante, correcta y persuasiva, pero no logró convencer á la actriz, quien contestó con otra, no menos respetuosa, en la que daba al Arzobispo las más cumplidas gracias por sus elogios y consejos, y terminaba así:

«Creo haberos dicho lo bastante; y sobre todo Monseñor: *entre compañeros* no está eso bien ¿verdad?

Siento Monseñor, no poder á mi vez decir lo mismo, pues yo no soy actriz. ¿Hemos concluido?

—Deteneos: sacrílega, exclamó el Arzobispo, aun es tiempo, os conjuro á reconciliaros con vuestro Dios... ¿Queréis?...

—No quiero nada.

—Pues entonces, escucha María Mares: estás excomulgada, y también lo está tu hijo, el hijo de ese ateo que ha perdido tu cuerpo y tu alma; por

que todo lo sé, ¿me entiendes? todo: Salvador Mares, ese niño que tienes en la escuela es el fruto de tus parricidas amores con D. Alfonso Estévez; tu escuela está también excomulgada y tú, tan sólo tú serás la responsable de las almas que pierdas, ante el tremendo juicio del Altísimo...

Al oír tal ultraje, María que ya salía, se detuvo en el umbral de la entornada puerta, y con voz indignada y bastante alta:

—Me equivoqué, señor, dijo al Arzobispo, nunca creí encontrar aquí ni á Dios, ni á su representante; pero siempre creí encontrar un caballero.

El Arzobispo, trémulo de ira extendía su mano hacia la puerta con solemne ademán de amenaza.

Desconcertada María, se detuvo en la antesala, sin encontrar la salida, y con voz firme y serena preguntó dirigiéndose al grupo de sacerdotes que allí estaba:

—¿No hay aquí un hombre que se digne indicarme el camino?

—Sí; contestó el padre Rosa, ofreciéndola el brazo y dirigiéndose resueltamente á la escalera.

—Anatema sit, gritó aún el Arzobispo.

Y los familiares cayeron de rodillas, golpeándose el pecho y murmurando prosternados: *Miserere mei Domine, miserere mei...*